

La nueva pedagogía y el aprender a ser ciudadano

The New Approach to Teaching and Learning Citizenship

A nova pedagogia e o aprender a ser cidadão

Inger Enkvist

Doctora en Letras, Universidad de Gotemburgo, Gotemburgo, Suecia.

Docente, Universidad de Lund, Lund, Suecia.

inger.enkvist@rom.lu.se

Los jóvenes de hoy muestran poco interés por participar en la vida política organizada a través de los partidos, y algunos tienen tendencias antisociales muy preocupantes. El uso de drogas, las conductas violentas y el hedonismo influyen en todos los ámbitos de la vida. Las posibles causas podrían ser las rupturas familiares, la influencia de modelos tomados de los programas televisivos y la confusión que acompaña a jóvenes que no viven en ambientes culturales estables. Esa situación se presenta en muchos países y preocupa a las autoridades por todas partes, pero ¿qué hacer? Antes de intentar dar una respuesta, se podría empezar con un análisis del asunto que se debe resolver. Vamos a repasar primero en qué consiste la socialización del ser humano, proceso que se suele dividir en la socialización primaria, que se hace en la familia, y la socialización secundaria, que se realiza en el colegio, para llegar después a cómo enseñar “valores”, y particularmente en un ambiente caracterizado por la migración y la inestabilidad familiar. Vamos a terminar con la pregunta de cómo puede el colegio apoyar el sentido de responsabilidad hacia la sociedad.

La educación en la familia

Los antropólogos están de acuerdo en que, para ser miembro de un grupo, lo que fundamentalmente determina la pertenencia, es el acto de dar y recibir. Desde el día en que nace, el niño es recibido como alguien que pertenece al grupo. Necesita de las otras personas, y muy pronto aprende a qué entidad pertenece. Mucho antes de saber hablar, el bebé empieza a “dar”, pues brinda a sus familiares, y en particular a la madre, muestras de afecto. Se establece un intercambio de gestos cariñosos, de aprecio y de pertenencia. Dentro de este marco afectivo, paso a paso se le enseñan al niño reglas de comportamiento. Él aprenderá a esperar a que se atienda también a los hermanos, y no solo a él. Aprenderá a no acaparar sobre sí mismo toda la atención, sino a dejar que hablen los demás. Es un

logro cuando el niño aprende a esperar su turno para hablar, y cuando realmente escucha lo que dicen los demás, porque marca un paso hacia su integración al grupo como miembro responsable. Es una muestra de que ha aceptado que él no constituye el centro del mundo, aunque haya tenido esa impresión siendo bebé.

A lo anterior se van añadiendo nuevas tareas, como vestirse, mantenerse limpio, arreglar su habitación y no dejar ni ropa ni juguetes fuera de sus respectivos lugares. Con esto ya estamos en un nivel de desarrollo en que el niño ha internalizado ciertas reglas de comportamiento. Sabe que las reglas se deben seguir día tras día y sin esperar que se lo repitan en forma de órdenes; aprende también lo que es cumplir una promesa. Todo esto se lo enseñan los padres, para el bien del niño y del grupo. Con esto y con el desarrollo intensivo de la lengua materna, el niño termina su socialización primaria y está listo para la socialización secundaria, que tiene lugar en la escuela.

La educación en el colegio

Durante el ciclo de educación primaria, el alumno aprende a leer, a escribir y a hacer cálculos; lee cuentos infantiles; escucha historias narradas por el maestro; participa en algunas excursiones para conocer el entorno del colegio; empieza a darse cuenta de lo que es la vida social.

Según como sea el ambiente familiar del niño, este tendrá mayor o menor facilidad para incorporarse al mundo escolar. Si los padres han leído cuentos al niño, él habrá adquirido un vocabulario amplio, junto con la agilidad mental que va a permitirle trasladarse mentalmente a un “allí y entonces”. Aprende a salir de su situación personal usando la imaginación, para ver el mundo desde la perspectiva de otras personas (Wells, 1985). A través de la lectura comprende que él no es el centro del mundo; aprende a ver sus límites y a traspasarlos en la imaginación.

Casi ningún niño tiene dificultad para aprender las letras y combinarlas, pero ciertos niños presentan más dificultad para entender lo leído. La razón es que tienen un vocabulario muy restringido, no comprenden a qué se refieren las palabras impresas, y por eso la lectura les puede parecer una tarea aburrida y sin sentido (Bentolila, 2005). En otras palabras, algunos niños necesitan cierta preparación en lectura y conversación, previa al colegio, para adquirir el vocabulario requerido por el trabajo escolar. Lo mismo vale para el comportamiento: los que no han aprendido a aceptar reglas de conducta y de responsabilidad personal, necesitan aprender esto antes de empezar a estudiar. No pueden tener éxito en la socialización secundaria sin haber cumplido bien antes los requisitos de la primaria.

El año más importante del colegio es el primero. Durante el primer año, el maestro le enseña al niño no solo a conocer las letras y las cifras, sino a comportarse como un alumno. Convertirse en alumno significa llegar a la hora, saber formar fila, guardar silencio cuando indica el maestro, no molestar a los demás y poder concentrarse en la tarea. Todo ello constituye un adelanto gigantesco en el desarrollo social del niño. Está dando sus primeros pasos en el mundo fuera de la familia. Ahora se trata de él como individuo, y no de él y su mamá. En esta transición tan importante, el maestro puede contar casi siempre con la buena voluntad del niño, que se siente orgulloso de ser alumno y de pertenecer a algo tan prestigioso como es el colegio.

Cuando el alumno tiene unos diez u once años, el “entonces y allí” del cuento gana en precisión, y el alumno empieza a adquirir nociones de geografía e historia, pero también está ocupado con el adiestramiento de su cuerpo: cada vez es más fuerte y más ágil; controla mejor su motricidad; le encanta jugar con otros niños. Las niñas suelen jugar de dos en dos y se dedican a un secreteo con la amiga, mientras que los niños suelen preferir

juegos grupales, como el fútbol. A esta edad el desarrollo moral es rápido, y a los alumnos les suele interesar mucho la cuestión de lo que es justo o injusto.

En la educación secundaria se introducen nuevas materias, como las ciencias naturales y las lenguas extranjeras; en geografía e historia los datos se estudian con más precisión. En una palabra: el campo de estudio se hace más amplio y más profundo, y cada vez más el aprendizaje le pide al alumno que relacione los nuevos conocimientos con los anteriores. La adolescencia es la edad en la que se forja la identidad del joven. Se le está abriendo el mundo a la persona, y el joven está preparándose para forjarse un futuro con la ayuda de su voluntad; aprende a proponerse metas y a hacer planes a largo plazo. Si es ahora lector habitual, se le facilitará la tarea de orientación, dado que la lectura propone ensayar diferentes papeles sociales, que lo irán preparando para la vida adulta. Cuando el joven aprende asignaturas y adquiere destrezas, paso a paso llega a “des-centrarse”, en el sentido de afianzar en él la idea de que no es el centro del mundo; es un proceso que asociamos con el concepto de madurez. A través del estudio el joven aprende a ver sus límites, al darse cuenta de lo poco que sabe en comparación con lo que podría saber. Su conciencia de la complejidad de la vida social le enseña a tomar en cuenta la voluntad de los demás.

En las culturas menos avanzadas técnicamente, la escolaridad suele ser breve, lo cual quiere decir que el joven pasa casi directamente de la familia a la vida laboral. Empieza a trabajar aprendiendo de los adultos y de sus compañeros de trabajo. Se convierte en aprendiz, imitando tanto las destrezas profesionales como las sociales de los adultos en su lugar de trabajo. Según las características del lugar, este aprendizaje será más o menos grato. En algunos medios sociales, el niño ni siquiera tiene acceso a este tipo de adiestramiento, queda institu-

cionalmente desamparado, solo, y debe arreglarse como pueda para sobrevivir.

La educación en el grupo de jóvenes

Lo explicado hasta ahora es una perspectiva del desarrollo de los jóvenes, que corresponde a una larga tradición en el campo de la educación. Sin embargo, desde los años sesenta se ha introducido, tanto en el ámbito de la educación familiar como en la escolar, otro fenómeno: una fuerte corriente antiautoritaria. Según esta tendencia, los padres supuestamente estarían ejerciendo una autoridad ilegítima, al tomar decisiones sobre sus hijos, y otro tanto los profesores, al dirigir el trabajo de sus alumnos. Se pide que los padres se comporten como amigos de sus hijos, y a los profesores, que ya no enseñen, sino que se conviertan en “facilitadores”.

El nuevo enfoque pretende “colocar al alumno en el centro del proceso educativo”. Los cambios que se derivan de la aceptación de esta fórmula son tantos, que podemos hablar de una nueva pedagogía. Si antes el énfasis se ponía en lo que debía aprender el alumno, para convertirse en un adulto culto y responsable, ahora la argumentación es distinta. Se dice que nadie puede aprender si no quiere, y que por eso hay que presentar el material de manera lúdica; el profesor no precisa saber tanto la materia en sí, como la forma de presentar la tarea al alumno de un modo atractivo. En otras palabras, el futuro docente debe estudiar más pedagogía y menos disciplinas científicas. Además, ¿quién sabe mejor que el propio alumno qué es lo que más le agrada? Por eso, los profesores deben preparar la materia en forma de proyectos, entre los cuales el alumno elegirá el que más le guste. Ya que el aprendizaje es individual y ligado a los intereses del propio alumno, este también se convierte en el agente indicado para evaluar si ha habido aprendizaje o no.

La corriente filosófica detrás de esta nueva pedagogía es el constructivismo, que se basa en la obser-

vación de que todo aprendizaje necesariamente tiene lugar en el cerebro del alumno, y que, en ese sentido, el aprendizaje es individual. Nadie contradice eso. Sin embargo, el constructivismo toma esta observación como punto de partida para suponer que el alumno no puede aprender de lo que le explica otra persona, sino que tiene que buscar él mismo su información, para convertirla después en conocimiento. La búsqueda se considera parte sustancial de cómo ocurre la incorporación del material en el alumno, y la primera fase de la elaboración que convertirá los nuevos datos en conocimientos. En esta idea se basan las técnicas pedagógicas de lo lúdico y de los proyectos individuales.

Sin embargo, la mayoría de los adultos sabemos que es posible aprender de lo que expone un profesor, y que, en general, es mucho más rápido y fácil aprender con un profesor que trabajando uno por sí mismo, solo. Podemos comparar esta situación con la que vivieron los alumnos que residían lejos de los centros urbanos, y a veces estudiaban sin guía a distancia. Algunos llegaban a adquirir excelentes conocimientos, muy sólidos, pero la mayoría dejaba los estudios sin terminarlos. Estudiando con un profesor, el alumno enfoca lo más importante sin perder tiempo, y si toma un camino equivocado, el profesor lo corrige e indica por dónde debe transitar para llegar a la meta. Este tipo de enseñanza da mejor resultado que el trabajo no dirigido (Kirschner, et al., 2006). A pesar de estas comprobaciones, los representantes de la nueva pedagogía han sabido influir en los políticos para que impongan a los profesores su modelo.

El eslogan del alumno como centro del proceso educativo nunca ha sido completamente realizado, porque una educación realmente individualizada sería enormemente cara y, además, casi imposible de organizar. Esta pedagogía centrada en el alumno se convierte más bien en una pedagogía del grupo. Los verdaderos agentes socializadores de los jóvenes son los otros alumnos de su mismo

grupo de edad, y no la familia, ni los profesores, ni otros adultos representantes de la vida laboral.

Cuando se dice que los jóvenes son capaces de desarrollar un conocimiento sin el profesor, en realidad se les está dejando solos con sus compañeros. Se piensa que habrá algún alumno que logre resolver el problema y que ayudará también a los demás. Así, idealmente, todos aprenderían y nadie se quedaría atrás; el aprendizaje sería más libre y habría mayor colaboración entre los alumnos, y la educación se convertiría en autoeducación y en convivencia. Sin embargo, muchos países han introducido esta pedagogía desde los finales de los años sesenta, y está a la vista que el modelo no es exitoso. Por ejemplo, Suecia ha invertido sumas ingentes para que funcione, y aun así eso no ocurre. Cada año bajan más los resultados y, además, han aparecido en los colegios actos de vandalismo y de violencia que no se habían visto antes.

La violencia no debería sorprendernos. En los otros modelos de educación, la de la familia, del colegio o de la vida laboral, siempre quedaba en manos de adultos decidir las actividades y las reglas de comportamiento. La nueva pedagogía cree que los jóvenes son capaces de regular su comportamiento tomando decisiones grupales. Supuestamente, el grupo puede juntarse a decidir qué reglas seguir, y por ser una decisión emanada de los propios jóvenes, todos van a acatar las reglas. Ahora hay colegios sin un reglamento oficial, porque los alumnos de once o doce años no han tenido interés en reunirse para tomar una decisión sobre las reglas que se deben seguir.

Esta pedagogía refuerza el deseo natural imitativo propio de la adolescencia y la preadolescencia, de ser como los demás. Si no se presentan otros modelos, el grupo impone cierta ropa de marca, aconseja fuertemente ver tales programas televisivos y jugar ciertos juegos electrónicos. En bastantes colegios, en la práctica, algunos jóvenes llegan a prohibir a sus compañeros que estudien.

Infortunadamente, no suelen ser los alumnos más razonables o más interesados en los estudios los que ejercen el liderazgo. Lo que se ha constatado es que cuando los adultos dejan de guiar a los grupos de alumnos, empieza a regir la ley del más fuerte. Se ha extendido el matonismo, el “bullying”, de una manera que nos hubiera parecido imposible hace una generación. Han surgido pandillas dentro de los colegios, que intimidan y roban a los otros alumnos y que cometen actos de vandalismo. No puede siquiera asegurarse que los adultos van a saber proteger eficazmente a un alumno cuando denuncie a su agresor.

La escuela ha tenido muchas dificultades para admitir la existencia de esta violencia, justamente porque ella destruye los supuestos básicos de la nueva pedagogía. En la escuela lúdica y divertida no “debería” existir la violencia. Los alumnos, al ser más libres, deberían todos ser felices, trabajando a su ritmo, agradecidos. Cuando la nueva pedagogía ya no puede negar la violencia, intenta por lo menos seguir negando que tenga relación con la manera de organizar el trabajo escolar y con el descenso de los conocimientos. Sin embargo, entre los violentos, la mayoría son fracasados escolares. Los pedagogos en cuestión echan la culpa a los muchos cambios ocurridos en la sociedad, y es verdad que ha cambiado la sociedad, pero ¿no debería haberse adaptado entonces la escuela a este cambio para proteger mejor a los alumnos? Dada esta situación, ¿consiste la solución en crear la asignatura de ciudadanía, como se ha hecho recientemente, por ejemplo, en España? Es poco probable. Más bien, hay que revisar primero este modelo de educación por los “pares”, que parece ser una de las causas del problema.

La educación y la democracia

La democracia exige que los ciudadanos sean personas virtuosas, porque se basa en el modelo de la “deliberación de los héroes”, como lo ha for-

mulado el filósofo Savater (1982). Para que funcione la democracia, los ciudadanos deben tener suficiente interés en conocer bien cuáles son las alternativas, y no deben pensar en su propio provecho inmediato, sino en el bien del país a largo plazo. La democracia presupone votantes con conocimientos, madurez y ecuanimidad, de modo que tiene una estrecha relación con la educación. Sin una buena educación, los ciudadanos no sabrán evaluar las ofertas políticas. Sin educación no entenderán de economía, y podrían caer en la trampa de las ofertas populistas. Sin educación no entenderán la situación en otros países y la complejidad de las decisiones que hay que tomar. Además de dar conocimientos, la educación también desarrolla la capacidad de expresión del joven, lo que le permite participar activamente en política, elaborando un pensamiento.

La buena educación mantiene otro importante vínculo, poco mencionado, con la democracia, y es la experiencia que puede brindar la escuela al promover una actividad racional, regida por reglas de comportamiento, y al permitir al joven experimentar la ventaja social de ser evaluado con justicia. Tener confianza en el imperio de la ley y en la responsabilidad de los adultos es la mejor enseñanza democrática, posiblemente más importante que ciertos conocimientos especializados. Sin embargo, con la última pedagogía no es seguro que el joven encuentre eso en el colegio. La nueva pedagogía, con su suspicacia hacia los profesores, su visión de la “opresión” que supuestamente ejercen los docentes y la escuela sobre el alumno, y el fuerte énfasis en el grupo, puede convencer al joven de todo lo contrario, de que la vida es una jungla, donde triunfa el más fuerte. La imagen de la democracia que el joven obtiene de la nueva pedagogía se podría parecer a algo intermedio entre la dictadura del más fuerte y la anarquía. Así que, además de resultar en más violencia dentro del colegio y menos conocimientos de preparación para la vida

adulta, la nueva pedagogía podría otorgar una preparación más deficiente para vivir en democracia.

La educación y los inmigrantes o desplazados

En Europa, el grupo en el que da peor resultado la nueva pedagogía es el de los alumnos inmigrantes. En general vienen de países no democráticos, y suelen tener problemas para orientarse en el país de acogida. Algunos no están familiarizados con el concepto de Estado, y menos con el de Estado de derecho. En sus países de origen, el Estado está ausente de la vida diaria o tiene una presencia amenazante, brutal. Lo que sucede en un país democrático y desarrollado, cuando no se enseña a la población a respetar al Estado y a las leyes votadas democráticamente, es algo que está bien plasmado en las observaciones hechas por la profesora francesa Bui Trong, que ha trabajado quince años en la policía (2000, 2002, 2003). La autora hace hincapié especial en el concepto de Estado. Es porque sabemos manejar el concepto de Estado que nos sentimos insertados en un ámbito mayor y más complejo que el de la familia o del barrio. Además, en un Estado democrático nos fiamos de las autoridades, aunque no ciegamente. Solemos tener como “hipótesis de trabajo” que se puede confiar en que digan la verdad los funcionarios y que sean honestos, y si esto no es así, se considera un escándalo.

Cuenta Bui Trong que muchos grupos de inmigrantes en Francia viven aislados del resto de la sociedad, y que como no “ven” al Estado, creen que no existe. Ya que en los países democráticos se intenta educar a los ciudadanos, en vez de reprimirlos, los ciudadanos no necesitan la presencia de las fuerzas del orden para respetar la ley; además, ha quedado solo en manos del Estado el poder para reprimir a quienes infringen la ley. Cuando los jóvenes venidos de sociedades más violentas ven que los adultos franceses no intervienen, no es infrecuente que interpreten eso como un acto

de cobardía, y que crean que a los franceses no les importa la ley. Bui Trong ha observado que muchos jóvenes de familias extranjeras carecen del concepto de ley, porque han dejado de aceptar las reglas que habían regido la vida de sus padres, sin haber incorporado las francesas. Un ejemplo típico de esto ocurre cuando la policía procede a detener a alguien. A menudo se forma un grupo de personas que amenaza a la policía, aunque se trate de una detención perfectamente legal, destinada a proteger a la población. En algunos barrios periféricos de las grandes ciudades reina la anarquía, y muchas veces si el barrio vuelve a una aparente normalidad, suele deberse a la presencia de un jefecillo local más fuerte que los otros, que impone su propio orden y que tiene a sus propios “guardianes” para proteger su “business”: en general, la venta de droga. Así, los demás habitantes quedan “cautivos” de ese personaje, sometidos a las arbitrariedades de un régimen retrógrado, antidemocrático y criminal. La situación hace pensar en el conocido modelo de la mafia siciliana. Si se permite que continúe una situación como la descrita, estamos volviendo a la barbarie característica de las épocas previas a la instauración del Estado nacional. En la historia europea, esa modalidad fue propia de algún momento de la Edad Media.

Lo que se está viendo ahora es un ataque en regla contra todo lo que representa el Estado y contra los bienes comunitarios, tanto materiales como culturales. Cotejando los datos de variadas investigaciones, Bui Trong ha podido establecer una escala que mide el deterioro de un barrio. Todo empieza con incendios en la escalera y la demarcación del territorio con grafitos. Luego viene el robo en las tiendas, que empiezan a cerrar. Se amenaza a todo el que lleve uniforme, incluyendo a los chóferes de autobús y a los conductores de ambulancia, o a cualquiera que preste servicio al barrio. Se roba a las farmacias y a los médicos que visitan a enfermos del barrio. Las farmacias ponen enrejados de

hierro delante de sus escaparates, pero más tarde tienen que cerrar, y los médicos se ven obligados a atender la consulta, por ejemplo, en el interior de una comisaría. Se deterioran e incendian las escuelas y los centros sociales, construidos para el beneficio de la población. Se ataca a las comisarías y a los agentes de policía. Lo característico de la reacción de estos jóvenes es la ignorancia de cómo funciona la sociedad del país de acogida, el dar credibilidad a los rumores más inverosímiles y una reacción emocional ante los sucesos. Todo lo anterior muestra el camino hacia una conducta antisocial surgida en el seno de la sociedad democrática, en grupos que no han adquirido una actitud positiva de colaboración con la sociedad. En cuanto a la actitud ante la sociedad, no existe el vacío, así que el que no colabora con la sociedad, suele despreciarla y odiarla.

En la escala elaborada sobre las fases de degradación de un barrio, Bui Trong ha colocado el hecho de no obedecer al maestro como uno de primeros pasos hacia el desarrollo de actitudes antisociales. Por eso, la desobediencia escolar no es solo un asunto interno del colegio, sino un problema social de primer orden. Es un objetivo común importantísimo el que los alumnos aprendan a comportarse como alumnos dentro del marco acordado por la ley, adquiriendo los conocimientos que les permitan más tarde evaluar objetivamente la información que les llega. Leer con soltura permite informarse, y así ponerse en la situación de otros. Permite “des-centrarse” (Beaud, 2002; Enkvist, 2006).

El núcleo duro de los jóvenes antisociales

Los sociólogos franceses Beaud y Pialoux (2003) han estudiado durante muchos años un área en el este de Francia, con muchos inmigrantes de Marruecos y Argelia. El interés principal de los sociólogos es cómo ha cambiado el trabajo industrial y cómo esto afecta a los jóvenes. En uno de

los barrios estudiados se produjo una serie de actos violentos en el 2000, y entre los violentos se destacaron los chicos de entre 12 y 18 años. No participaron los jóvenes que tenían trabajo o eran padres de familia, ni tampoco las chicas. Al revés, los habitantes del barrio condenaron fuertemente los actos de violencia de los jóvenes, y subrayaron que así la mala fama del barrio empeoraba.

Los sociólogos describen al grupo conflictivo de la manera siguiente: típicamente pertenecen a una familia numerosa y pasan poco tiempo en la vivienda familiar, pues prefieren la calle; visten un “uniforme” que consiste en una gorra, una cazadora de marca cara y unas zapatillas también caras; siempre se mueven en grupos, y evitan desplazarse solos; tienden a “ocupar” y “marcar como suyo” el barrio donde viven, y obstaculizan el paso o provocan a los que quieren pasar por donde se encuentran ellos. Otra manera de ocupar el espacio es producir ruido día y noche. Otra característica es el fracaso escolar, lo cual hace que sean limitadas las ofertas de trabajo cuando buscan empleo. Los chicos descritos antes tienden a tener también dificultades para integrarse en el mundo del trabajo industrial, porque están acostumbrados a dictar ellos la ley, y entre los obreros, los empleados veteranos no aceptan esa actitud. Son más apreciadas las chicas del mismo barrio, percibidas como buenas trabajadoras y menos conflictivas. Otras dificultades son estructurales. En el mercado de trabajo regional domina la industria del automóvil y textil, que está compitiendo con países con salarios bajos. El mercado fluctúa y las empresas no ofrecen contratos fijos a los obreros no especializados.

Los autores subrayan que estos chicos necesitan un puesto de trabajo para estructurar su vida. El trabajo es la última posibilidad de lograr algo que no ha conseguido ni la familia ni la escuela. Subrayan la extrema fragilidad psicológica de los chicos, que no cuentan con ninguna ventaja cuando

inician su vida adulta. El exagerado machismo del que hacen gala se puede entender como un escudo que llevan delante de sí, en un intento desesperado de protegerse de un mundo en el que no parece haber sitio para ellos.

Para un lector que proviene del mundo de la educación, es curioso que los sociólogos no reclamen que se tomen medidas en la escuela. Si les va relativamente bien a las chicas del barrio, la escuela debería poder educar a los chicos. Los autores no conocen la escuela desde el interior y no ven los estragos producidos por la nueva pedagogía entre los chicos a los que ellos quieren proteger.

Educación y valores

La buena educación enseña el valor del esfuerzo y el placer de un trabajo bien hecho. Enseña el respeto por el conocimiento desarrollado por los seres humanos que nos han precedido y que han elaborado unos instrumentos intelectuales y prácticos que nos permiten vivir mejor. La educación enseña la importancia de elegir bien las metas, y entrenarse a diario para seguir cualquier disciplina y lograr las metas propuestas dentro de ellas. Enseña no solo a vivir en común, sino también la necesidad de vivir con reglas para que funcione un espacio vital compartido. Esto significa, al mismo tiempo, tener respeto por los profesores y la escuela como institución social, ya que son portadores de este bien común que es el conocimiento. La escuela introduce en el niño la idea de comenzar a comportarse como ciudadano, porque la vida en el colegio es social, es una vida en común, regida por reglas elaboradas por quienes fueron elegidos por los ciudadanos para hacerlas en un Estado democrático. Estos son los valores que difunde la escuela, estatal o no, sin decirlo.

Sin embargo, después de la introducción de la nueva pedagogía, estos valores han sido desplazados por otros, de los que hemos señalado algunos. No se subraya el esfuerzo, sino el entretenimiento;

no tanto el esfuerzo a largo plazo como la autoevaluación del alumno en el momento; no tanto el respeto por el Estado y lo común, como la condescendencia y complicidad con el compañero que infringe las reglas; se induce antes a pasar por alto las faltas del compañero, que a ayudarlo a mejorar su conducta. No se invita a los alumnos a aceptar el imperio de la razón y de la ley, sino a identificarse con su propia generación. Aquí hemos llegado al meollo del asunto. En los colegios, y de manera diaria, los jóvenes ven que las reglas no son respetadas, que un compañero se puede burlar tanto de los adultos como de sus propias obligaciones como alumno. Así, se sugiere que el Estado es débil, que las obligaciones no son tales, puesto que parece facultativo aceptarlas, y si no se las acepta, apenas hay sanción. Parece claro que lo que hace falta es tan solo abandonar la nueva pedagogía en su conjunto, y adoptar una ley escolar que permita que los profesores y directores de colegio protejan a la institución que es la escuela.

Conclusión

Los seres humanos necesitan pertenecer, y es necesario convertir a todos los jóvenes en buenos ciudadanos. Un buen ciudadano se forma enseñándole a conocer paso a paso el mundo, desa-

rollando sus destrezas físicas y sociales, bajo la protección de las reglas que hacen respetar los adultos. Si aceptamos la nueva pedagogía y la educación por el grupo, los “pares” del joven, abriremos la puerta a la ley del más fuerte. En otras palabras, permitimos que entre la calle en la escuela, y así una escolarización prolongada no resulta más provechosa para los alumnos que estar en la calle. Los violentos de todo tipo, por su parte, pueden llevarse la idea de que los adultos son unos inútiles, que ni siquiera defienden su propio territorio como lo hacen ellos.

Por todo eso, lo que hay que hacer es liberar al mundo educativo de la camisa de fuerza que constituye la nueva pedagogía, supuestamente liberadora. El joven necesita ver que hace falta esforzarse, tener metas a largo plazo, cumplirlas, y todo esto en un ambiente de orden que le ofrezca además protección. Esto sólo puede lograrse si al mismo tiempo se pone énfasis en el conocimiento y en el respeto por él. Se necesita también dotar a los colegios de un marco legal que permita hacer respetar el reglamento, que es la ley de la escuela. El pensador francés Paul Ricoeur dice acertadamente que vivir éticamente, tener una buena vida, es vivir con y para el otro, dentro de un marco de instituciones justas (1990: 202).

Bibliografía

- BEAUD, Stéphane. *80 % au bac... et après? Les enfants de la démocratisation scolaire*. París: La Découverte, 2002.
- BEAUD, Stéphane; PIALOUX, Michel. *Violences urbaines, violence sociale. Genèse des nouvelles classes dangereuses*. París: Fayard, 2003.
- BENTOLILA, Alain. *Tout sur l'école*. París: Odile Jacob, 2005.
- BUI TRONG, Lucienne. *La police dans la société française*. París: Presses universitaires de France, 2003.
- BUI TRONG, Lucienne. *Violence: les racines du mal*. París: Ose savoir-Le Relié, 2002.
- BUI TRONG, Lucienne. *Violences urbaines. Des vérités qui dérangent*. París: Bayard, 2000.
- ENKVIST, Inger. *Repensar la educación*. Madrid: Eunsa, 2006.
- KIRSCHNER, Paul, *et al.* Why Minimal Guidance During Instruction Does Not Work: An Analysis of the Failure of Constructivist, Discovery, Problem-Based, Experiential, and Inquiry-Based Teaching. En: *Educational Psychologist*, 2006, 41 (2), p. 75-86.
- RICEOUR, Paul. *Soi-même comme un autre*. París: Seuil, 1990.
- SAVATER, Fernando. *La tarea del héroe*. Madrid: Taurus, 1982.
- WELLS, Gordon. *The Meaning Makers. Children Learning Language and Using Language to Learn*. Londres: Hodder-Stroughton, 1985.